

NUMERO 4 DE LA COLECCION "PLIEGO DE POEMAS"

CARLOS FERNANDEZ SHAW

DOS POEMAS PROFETICOS



EDICIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA

CEUTA, 1965

NUMERO 4 DE LA COLECCION "PLIEGO DE PÖEMAS"

CARLOS FERNANDEZ SHAW

DOS POEMAS PROFETICOS



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



EDICIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA

CEUTA, 1965

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

las agrias picas, las rancias cumbres de roca brava,
de roca estéril como la estéril siniente lava,
y allá, por arcos maravillosos, levantaria,
sobre las piedras despedazadas del peñascal,
bajo los cielos, que son nubes de infinito
una gran Cruz, de gran, de gran, de gran,
triumfal imagen de la Justicia, de la Clemencia, del Ideal.
Sobre el pedestal de los pedruzcos de pedruzcos,
que los muchachos representan, de los muchachos.
Sobre las rocas gigantes cruzar
donde lo vieran, arrodillados, las muchachas.
Allí, en la altura
serena y pura,
donde las brisas coqueara del vendaval.
¡Una grandiosa
Cruz, portentosa!
¡De firme tronco! ¡De firme tronco!
¡De firme tronco! ¡De firme tronco!
¡Una radiante Cruz, de rosa!
que con la mole de la montaña se comparara,
por su tamaño, por su tamaño, por su tamaño
la mole entera
de la montaña su pedestal



CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

EDICIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA

CEUTA, 1965

ES PROPIEDAD
DEPOSITO LEGAL: CE. 71-1965
R. P. CE. 57

IMP. MODERNA.-VELARDE, 9.-CEUTA

PRÓLOGO

En Diciembre de 1957 descubrí este simpático y desconocido poeta. Desconocido y popularísimo. Y no hay paradoja: es popular por sus libretos de zarzuela - La Revoltosa, La vida breve, pero nadie le conoce, ni apenas sabe de sus libros de poemas, en algún caso extraordinarios.

Ahora que entramos en el Primer Centenario de su nacimiento es urgente airear su nombre y popularizarlo, que bien lo merece. Tanto más urgente cuanto que los gaditanos —sus coterráneos— le ignoran aún en trabajos de geografía literaria: no le incluyeron en la nómina de poetas publicados por La Estafeta literaria. (núms. 282-3)

* * *

Fue en el diario ABC donde publiqué una profecía histórico-poética; y en el mismo diario continuó el poeta García Nieto el descubrimiento de otra profecía. Las dos que publicamos hoy en esta colección como homenaje a don Carlos Fernández Shaw (Cádiz, 1865-Madrid, 1911).

No conozco —por desgracia— toda la obra de Fernández Shaw, solamente tres de sus libros: La vida loca, (1909); El amor y los amores (1910) y Poemas del Pinar (1911). Y este libro serraniego es el de mis preferencias: su poesía tierna y humana, tan humana que en él está la fé, el ansia de vida y salud del poeta que agradece a la sierra y en ella entona

este canto de cisne de mis canciones.

Este libro es pues el último que escribió y publicó y en él canta la sierra, el pinar, el agua, los pájaros y las flores. Él, con Enrique de Mesa y Antonio Andión dieron dimensión poética a la serranía madrileña.

Alguno de ellos captó más hondamente la belleza y la expresó mejor, pero ninguno ahondó tan profundamente en el espíritu, en el ser de la sierra, en lo que representaba y lo que sería al correr del tiempo. Para el poeta, agudizada su sensibilidad por el dolor, que le trae rápida la muerte, tiene un sentido no sólo saludable; aherrajado en su huerto que

*[no tiene más que un defecto!
[como ha de ser! ¡Que no es mío!*

y sin embargo

*Por él me encuentro mejor
en mi importante salud.*

reza y clama a la Virgen, pide paciencia; se irrita con la canción canalla y sueña con su Madrid

*Oh, Madrid de mis sueños y mis mitos;
oh, Madrid de mi amor:
a la vez me repeles y me llamas;
¡porque eres para mí la Tentación!*

En este clima de hipersensibilidad viendo llegar los dos fantasmas que le atosigan

*El que marcha delante es El Invierno.
El que sigue sus pasos es La Muerte*

escribe, con un dejo arcaizante unas veces, marcial otras, sus dos profecías poéticas.

** * **

No son muy frecuentes estas adivinaciones de los Poetas que adquieren un pleno sentido al ser profeta. Virgilio anunció el nacimiento de un infante que traería la paz al mundo y durante siglos se creyó que se refería a Cristo, hasta tal extremo que Dante llegó a decir de él:

Per te fu poeta, per te cristiano.

Pero no, no se refería a Cristo, se refería a un hijo de Augusto y era una bella alabanza poética de poeta áulico. Séneca, en su Medea, sí parece profetizar el Descubrimiento de América, y aún nadie ha podido dar una interpretación más adecuada a estos versos:

Pasados los años, vendrán tiempos nuevos:
soltará el Océano los lazos del orbe,
y un gran continente saldrá de las olas,
y Tetis la gloria verá de otros mundos.
Y entonces la tierra no acabará en Tule.

Trad. de V. García Yebra.-Acto II.-Verso 735-739.

Siglos más tarde Lope de Vega escribe la comedia Del Mesón de la Corte y uno de los personajes, Francelo, cuenta su historia a Belardo, que, como es sabido, es el pseudónimo de Lope y en ella le manifiesta

Belardo, en Valladolid
tenía, en mi mocedad,
una hija moza y hermosa,
de catorce años no más,
más recogida y honesta
que la misma honestidad.

.....
Sacómela de mi casa
un mozo, alférez real
de la flota de las Indias
y capitán de mi mal.

a lo cual replica Belardo

si os han dicho mi dolor,
¿por qué haceis burla de mí?

Jornada II.-p. 289 a

Palabras sibilinas para quienes no conozcan la vida del Fénix, y extrañas para quien la conozca y sepa la fecha que a esta comedia atribuyen Morley y Bruerton, 1588-1589, y que ya figura en la lista de la primera edición de El Peregrino. Porque sabemos que en 1634 don Cristóbal Tenorio raptó a Antonia Clara, hija amadísima de Lope y Marta de Nevarés y que según un coetáneo «Lope murió de pena de que Tenorio le robó una hija». Si como dice Oliver Asin, «la fecha de la comedia impide considerar tal trozo como un reflejo de la conocida desgracia familiar

de Lope» (B. R. A. 1928 pág. 230-1) nada sin embargo nos impide considerarlo como «una curiosa profecía de lo que habla de suceder en 1634».

Podría pensarse en un arreglo posterior de esta obra, pero quizá se hubiera reflejado en la métrica y Morley y Bruerton lo habrían entrevisto pero nada hay de esto. Debemos pues considerar estos versos como otra profecía en la cual, y conforme con la personal vitalidad lopeveguesca, sale a relucir un aspecto doloroso pero previsible en la desarraigada vida de Lope.

Corren los años y los siglos y Rubén Darío deja, en anhelo hispánico, con adivinación poética un deseo de hispanidad, de comunión, íntima y espiritual entre España y América, que hoy se va plasmando maravillosamente, en tres de sus poemas: *Los cisnes*, *La Salutación del Optimista* y *A Roosevelt*. Tres poemas de su obra *Cantos de Vida y Esperanza* (1905). Solamente cuando Ramiro de Maeztu estructura, allá por 1930, la *Defensa de la Hispanidad* se verá clara la ruta marcada por el poeta, que tuvo ya en 1912 un primer jalón, cuando el Presidente Argentino Irigoyen proclamó el 12 de Octubre, *Fiesta de la Hispanidad*, y que el año 1964 ha alcanzado su culminación al proclamarla también en Estados Unidos el alcalde de Nueva York.

Finalmente, en 1909, un genio polígrafo, don Marcelino Menéndez Pelayo parece vislumbrar el renacer industrial, político, social y económico de España, cuando dirigiéndose a los santanderinos dice:

Cuando en edades que mi mente finge próximas, el humo de nuestras fábricas se remonte al cielo; cuando el hierro arrancado de las vísceras de nuestros montes y lleguen a ser algo más que primera materia preparada para el arrastre y el embarque en naves extranjeras, cuando el trabajo de sus hijos devuelva a la Patria, centuplicado por la industria, el caudal que de ella ha recibido; cuando nuestra enseña vuelva a ser tan conocida, en pacíficas empresas o en trances de justa guerra...

Este deseo de Menéndez Pelayo, viene a unirse a los anhelos de C. F. Shaw. Lo que para uno es gloria industrial, para el otro va a ser

eclosión espiritual -- La Cruz Soñada -- o heróica -- El alto del León -- bajo el signo ecuménico de la Fé que es la culminación en ambos escritores tan próximos en la muerte (1911, Fernández. Shaw; 1912 M. Pelayo).

De este conjunto de profetas hispánicas: Séneca, Lope de Vega, Menéndez Pelayo, Rubén Darío se destacan con profunda singularidad las dos de don Carlos Fernández Shaw.

La incluida en El Alto del León afirma, no finge desear, como Menéndez Pelayo, la vuelta al poder y al esplendor de España, ora por obra del hombre, ora por gracia de Dios.

Por que al fin, desde la altura
de tan ingente región;
desde Sierra tan hermosa.
¡de tipo tan español!,
vuelvan a asombrar al mundo
los rugidos del León.

Será con la luz de un día
lleno de rayos de Sol.
¡Será por obra del hombre!
¡Será por gracia de Dios!

Y esto lo afirma en 1910 cuando la decadencia española se muestra acusadísima; cuando banderías y politequerías caciqueriles van hundiéndonos más ahincadamente en el marasmo y la destrucción. Pero un espíritu firme, creyente y penetrado con la pura esencia patria, hipersensibilizado por la proximidad de la muerte expresa su fe en el resurgir patrio. Y veinticinco años después se cumplieron sus anhelos: los rugidos del León asombraron al mundo y siguen asombrándole.

Si esta profecía es histórico en su más amplio sentido la siguiente es espiritual. Su profunda fe, manifiesta en toda su obra, ansla que sobre las más enriscadas cumbres, como simbolo de fraternidad cristiana se alce una Cruz; sueña ya con su presencia, con su influjo benéfico que dará excelentes frutos y ha de obtener para España la bendición de la cual es digna. Pero el poeta no es ingeniero ni arquitecto; su fantasta sueña:

Yo igualaría, nivelaría,
—ya los nivela mi fantasía,—
los agrios picos, las recias cumbres de roca brava,
—de roca estéril como la estéril siniestra lava,—

5 y allá, por artes maravillosas, levantaría,
sobre las piedras despedazadas del peñascal,
bajo los cielos, que son imagen de lo infinito,
una grandiosa Cruz, de granito,
triumfal imagen de la Justicia, de la Clemencia, del Ideal.

10 Allá, en la altura
serena y pura,
donde las iras aniquilara del vendaval
.....

¡Una radiante Cruz, colosal,
que con la mole de la montaña correspondiera,
15 —por su tamaño, por su hermosura,— como si fuera
la mole entera
de la montaña su pedestal.

Y su sueño, profético, se hizo realidad en todas sus partes, menos en una, por eso, por no ser ingeniero: por obedecer a su poderosa fantasta que vuela por las regiones del ideal.

La Cruz se levanta forrada de chapas de granito (v. 8) segoviano pero hubo que «conseguir gran resistencia y estabilidad frente al impetu de los vendavales (v. 12), que se desencadenan en el Valle con extrema violencia», se utilizaron los más modernos aparatos eléctricos y las más depuradas técnicas para llevar a efecto esa cruz colosal (v. 13) de 153 ms. de altura de 201.720 toneladas de peso que arranca de la misma Nava (v. 16-17) «emprendiendo por primera vez la tarea de alternar con la naturaleza utilizándola y sirviéndola» por ello en las esculturas de los evangelistas y de las Virtudes Cardinales (Prudencia, Justicia (v. 9), Fortaleza y Templanza) son de piedra oscura —semejante al bronce— de Calatorao (Zaragoza) y las formas dinámicas de las figuras miguelangelescas y colosales de los cuatro Evangelistas, obra de Juan de Ávalos, riman con los peñascales de la Nava: como si fuera

la mole entera
de la montaña su pedestal.

Punto por punto previó la Cruz y su motivación,

mortal quien fueres, mortal con tanto mortal en guerra
*excepto el lugar: El Valle de los caídos, hubiera sido imposible erigirla
en Siete Picos los vendavales y las tormentas lo impiden.*

*En Siete Picos hay siete cumbres de roca brava;
de roca estéril como el desierto, donde el anhelo
desahogado de la locura con que intentas
surgir del bosque, rasgar las nubes, tocar el cielo.*

El Instituto Nacional de Enseñanza Media de Ceuta
—ciudad que dicen pertenecer a la Provincia de Cádiz—
inicia con este volumen el homenaje que las letras es-
pañolas le deben al poeta D. Carlos Fernández Shaw.

José Fradejas Lebrero

*Surgir del bosque, sobre sus pinos, tan seculares,
que va trepando como treparon alpinos tropus;
en tanto ondulan, cual densas aguas en largos mares,
tan apretadas y estremecidas, sus verdas copas.*

*Rasgar las nubes, con ir alzando la regia frente
por un impulso, del cuerpo todo, tenaz, creciente...
Llegar al cielo, por un sublime poder filánico,
que concentrara las fuerzas todas, intensamente,
del más íntimo, del más profundo temblor volcánico.*

SIETE PICOS LA CRUZ SOÑADA

I

En Siete Picos hay siete cumbres de roca brava;
de roca estéril como la estéril, siniestra lava;
gigantes picos; ingentes muestras del mismo anhelo,
donde el anhelo de todo el monte por fin acaba,
desengañado de la locura con que intentaba
surgir del bosque, rasgar las nubes, tocar el cielo.

Surgir del bosque, sobre sus pinos, tan seculares,
que va trepando como treparan alpinas tropas;
en tanto ondulan, cual densas aguas en largos mares,
tan apretadas y estremecidas, sus verdes copas.

Rasgar las nubes, con ir alzando la recia frente
por un impulso, del cuerpo todo, tenaz, creciente...
Llegar al cielo, por un sublime poder titánico,
que concentrara las fuerzas todas, intensamente,
del más intenso, del más profundo temblor volcánico.

Las altas rocas en que termina la firme tierra
que en convulsiones inenarrables formó la Sierra;
que allí saltaron, quizás lanzadas desde el abismo;
que en tales cumbres, que en tal reposo quedaron luego,
no bien cesaron las magnas horas del cataclismo,
con tales furias, con aguas tales, con tanto fuego;
las siete cimas, que conocieran sus convulsiones;
sin una fuente que las anime con sus canciones;
las siete cumbres, de torvas trazas, de negros hados,
que á veces fingen, en mar de nieblas, los murallones
que en pie quedaran de sus castillos desmantelados;
los Siete Picos, ingentes, hoscos, desnudos, fieros,
por fin a solas y al cabo libres de matorrales,
-regiones agrias en que se formen los ventisqueros,
quebrados muros en que se estrellen los vendavales,-
sus crestas rizan, que ya recorran los pasajeros,
cual cien tumultos, que se cuajaran de peñascales.

Y así, presentan, y representan, despedazados,
los mil suplicios, las mil torturas, en mil pasiones...
Y son ejemplos maravillosos... y desolados
de las supremas, inconsolables desolaciones.

En estas horas, -las más jocundas en claros días,-
la gran montaña refulge siempre con luz de fuego.
Con sus picachos, sus murallones, sus cresterías.

En un profundo, silente, grave, letal sosiego.
Con tornasoles de tornasoles en pedrerías.
Con cientos, miles, y a cientos miles, de chispas locas,
por los pinares, sobre las matas, sobre las rocas...
Con un alarde maravilloso de resplandores,
alborozados, y repetidos, y cegadores;
que van y vienen, allá deslumbran, aquí fascinan;
mientras corriendo sobre las cumbres las iluminan
con caprichosas fosforescencias multicolores...
Allá se quedan, allá constriñen sus recios flancos,
-en lueñas rocas,- las prietas matas, los torvos pinos;
allá los bosques, impenetrables a los caminos,
que ciegan luego las hondonadas de los barrancos.
Allá, los reinos de la maleza de las montañas;
asilos gratos a los reptiles, en el seguro
de las revueltas y laberintos de sus marañas;
marañas verdes en bloques grises de pecho duro...
Y allá, muy lejos, en paz dichosa, los ricos prados.
Con luz y flores. De luz vestidos. De flor colmados.

¡Allá se quedan! ¡Y allá en los aires, cual vivas fuentes,
cual focos vivos, al Sol de Junio, de vivas lumbres,
serenos alzan las nobles testas las blancas frentes,
las siete moles, los Siete Picos, las siete cumbres.
Con las intensas iguales ansias del mismo anhelo.

Sobre las mismas robustas bases. ¡Al Sol y en alto!
Mientras perfila sus formas duras el limpio cielo
que luce tonos de azul marino, de azul cobalto.

||

Mil y mil veces, -¡oh, las radiantes,
altivas cumbres de roca brava;
tronos de piedra, que abandonaron sendos gigantes!-
vi, con asombro, vuestra hermosura.
Ya, con su manto, la nieve densa la cobijaba.
Ya no mostraba sino vestigios de nieve pura.
De blanca nieve, que dibujaba sendas estrías
sobre las peñas, tan formidables y tan bravías.

¡Bajo nublados fosforescentes!
¡En una triste, medrosa noche, que nunca olvido!
¡Centellas rojas la acribillaban, como serpientes,
desde el nublado por sus destellos enrojecido!...
Ya vislumbraba... -las siete cumbres, las cien vertientes,-
tras las neblinas que tienden mares,
mares silentes,
cabe las cumbres, sobre el pinar;
¡como nacidas de las tristezas de los pinares

CARLOS FERNANDEZ SHAW

en el misterio de la tristeza crepuscular!..
Mas nunca, nunca la contemplara;
jamás, un punto la concibiera
cual hoy, por una radiante, rara,
feliz visión;
por un anhelo del alma triste,
que en mí persiste
raigadamente; por un impulso del corazón.

Sobre la mole de tantas rocas, al fin tan alta;
sobre el tumulto de tantas rocas en muda guerra;
cuando concluye, después de tanto subir, la Tierra,
mi anhelo dice, mirando al cielo: **¿Qué es lo que falta?**

¡Porque el altivo monte, dorado,
brilla a mis ojos como incompleto: decapitado!
Y en vano lucho conmigo mismo.
¡Torna la idea! ¡La misma idea, tenaz, me asalta!
¡Un hondo anhelo, febril, me exalta!
Y al ver el monte, constantemente, desde el abismo,
tornó á decirme: **Sobre sus rocas, algo me falta.**

¡Ya lo concibe la torpe mente!
¡Y al fin lo diga, bizarramente!
Yo igualaría, nivelaría,
-ya los nivela mi fantasía,-

los agrios picos, las recias cumbres de roca brava,
-de roca estéril como la estéril siniestra lava,-
y allá, por artes maravillosas, levantaría,
sobre las piedras despedazadas del peñascal,
bajo los cielos, que son imagen de lo infinito,
una grandiosa Cruz, de granito,
triunfal imagen de la Justicia, de la Clemencia, del Idéal.
Sobre el tumulto de los peñascos, en los peñones,
que los tumultos representara de las pasiones.
Sobre las siete gigantes cumbres;
donde la vieran, arrodilladas, las muchedumbres.
Allá, en la altura
serena y pura,
donde las iras aniquilara del vendaval.
¡Una grandiosa
Cruz, portentosa!
¡De firmes trazos!
¡De firme tronco! ¡De grandes brazos!
¡Una radiante Cruz, colosal,
que con la Mole de la montaña correspondiera,
-por su tamaño, por su hermosura,- como si fuera
la mole entera
de la montaña su pedestal!

Par tal prodigio, de tal manera,
la Cruz sería
que allá brillase con luz de Aurora,
no solamente la Cruz soñada: ¡la verdadera!
¡Puerto, Refugio, Símbolo, Guía!
¡Cruz redentora!
¡La del que implora,
la del que espera,
la del que sufre, la del que llora!
¡Cruz soberana!
¡Perenne faro
que lleva al puerto las tristes naves, si busca amparo
la gran familia de Dios, humana!
La Cruz que es signo de bien, de amores,
de sufrimientos, de tolerancia, de caridad.
¡La Cruz de Cristo, Joyel de luces y Flor de flores!
¡La misma siempre, para los siervos ó los señores!
¡Sol de Justicia! ¡Sol de Verdad!
¡Sol para justos y pecadores!
¡Sol para toda la Humanidad!

Y allá diría, proclamaría,
sobre la cumbre de la montaña,
bañada toda de luz del día,
con luz de rayos del Sol de España:

«¡Mortal! ¡Quien fueres! Mortal con tanto mortal en guerra:
¡ven a mis brazos! ¡Dios en mis brazos por tí murió!
¡Nunca lo olvides! ¡Sobre tu mundo, sobre la Sierra,
cuando concluye por fin la tierra,
principio yo!»

EL ALTO DEL LEÓN

(EN LA SIERRA DE GUADARRAMA)

A Enrique Casal.

**Están los espacios llenos
de vivísimo fulgor;
está la Sierra dorada,
llegando al cenit el Sol,
y en lo más alto del **puerto**
despide luz el León;
todo radiante, vestido
de fuego deslumbrador.**

**Bien hizo, con sabias artes;
bien pensara, ¡vive Dios!,
quien para el **puerto** famoso
tal remate discurrió;
quien, sobre sierra tan dura,
de tipo tan español,
puso el sello de la raza
con la imagen del León.**

**En vano la injuria el tiempo
tan audaz y destructor,**

nubes de polvo la agravian
y en su piedra muerde el Sol.
En vano también la azotan
las alas del aquilón.
Y en vano cuaja la nieve
sus copos alrededor;
sobre su dorso gigante,
sobre la testa feroz

Magüer tratada por todos
con tan osado rigor,
siempre la encuentra plantada
sobre las rocas el Sol.
Que es mucha vida la vida
de las garras del León;
mucha roca lá del monte
donde sus garras clavó,
y es mucha fuerza la fuerza
con que duran, con que son...
¡la fiera, tan castellana,
y el monte, tan español!

Dios te guarde, sobre el alto
del puerto, viejo León;
tan batido por el aire,
tan comido por el Sol,

tan dañado por la nieve
que contra el **puerto** cayó;
sin que jamás delataras,
con instintivo temblor,
furias innobles, ni menos
flaquezas del corazón.

Altivo, grave, bizarro,
seguro de tu valor,
te ven las cumbres, -las cumbres
de tan firme condición,-
cuando retorna por Junio,
sobre la Sierra, su flor;
la del cantueso, tan triste;
la del alegre gamón...
Altivo, grave, sereno,
mientras con largo sopor
yacen los montes en Julio,
resquebrajados del Sol;
cuando las pálidas nieblas
del Otoño bienhechor
desfilan sobre sus riscos
en callada procesión,
cuando las noches de Enero,
tan preñadas de terror,

descienden sobre sus rocas
apenas la luz murió;
mientras clama desolado,
mientras ulula, feroz,
el aire bronco del Norte,
con ímpetus de ciclón.
¡Ah, las noches en que tiemblan
las montañas, de pavor!

Cuadro alguno te conmueve.
No te mueven luz ni son.
Ni la color jubilosa,
ni la medrosa color.
Jurara, ¡pardiez!, que tienen
para tí la misma voz,
el más gozoso contento
y el más terrible dolor.

¿Por qué tan extraño a todo?
Por muy siniestra razón.
Sufres, tan a solas, tanto,
del mal que te quebrantó,
que en vano gozos te acorren,
ni miras ya bajo el sol,
dolor que pueda moverte,
comparable a tu dolor

Eres emblema de un pueblo
desamparado por Dios.
Castigo sufres por culpas
de mucho vano señor;
que no por culpas que pongan
sobre tu fama baldón.
Desgracias miras tan sólo
y estragos en derredor:
mucho triste decadencia,
mucho partido blasón;
muchas cruces, bien distintas
de la Cruz del Redentor;
mucho vil aventurero
que fuerzas de tí cobró,
para mofarse muy pronto
de tu noble condición;
mucho honor en trance fuerte,
muchos trances sin honor...
Y es bien justo que te acojas
al **puerto** que te acogió,
sin que, por seguir mirando,
mires desgracia mayor.
Mas yo sé, -me lo asegura
misteriosa convicción-,

que al fin, en cercano día,
por un aviso del Sol,
por un impulso del cierzo,
por un mandato de Dios,
dejará de ser tu piedra
bloque sin alma ni voz.

Por que al fin, desde la altura
de tan ingente región,
desde Sierra tan hermosa,
¡de tipo tan español!,
vuelvan a asombrar al mundo
los rugidos del León.

Será con la luz de un día
lleno de rayos de sol.
¡Será por obra del hombre!
¡Será por gracia de Dios!

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DEL
INSTITUTO NACIONAL DE E. MEDIA DE
CEUTA

Dirigido por ANTONIO ARÓSTEGUI

LIBROS EDITADOS:

Colección Aula Magna

- 1.—M. Alvar: Unidad y evolución en la lírica de Unamuno.
- 2.—A. Aróstegui: El espacio en la Física tomista y en la Física actual.
- 3.—J. Fradejas: Estudios Epicos: El Cid.
- 4.—F. Egea Abelenda: El ser de «mi mismo».
- 5.—J. Fradejas: Estudios Epicos: El cerco de Zamora.
- 6.—Ramón Salís: Genesis de una Novela Histórica.

Colección Textos
por A. Aróstegui

- 1.—La persona. Estudio filosófico
- 2.—La persona. Estudio social y religioso.
- 3.—Historia de la Filosofía y de las Ciencias.
- 4.—Antología del pensamiento filosófico y científico.
- 5.—Doctrina social católica.
- 6.—La Ley de la Libertad. Mensaje Social Cristiano.

Colección Pliego de Poemas

- 1.—M. Alonso Alcalde: Ceuta del Mar.
- 2.—Góngora: El Polifemo.
- 3.—López Anglada: Sonetos a Ceuta.
- 4.—Carlos Fernández Shaw: Dos Poemas Proféticos.

Colección Ceuta

- 1.—J. Fradejas Lebrero: Ceuta en la Literatura.
- 2.—C. Posae Mon: Estudio Arqueológico de Ceuta.
- 3.—David Schiriqui: Ceuta antigua y moderna.
- 4.—Leopoldo Caballero: Ceuta en el Recuerdo.

Colección Los Pliegos de Arte
por A. Aróstegui

- 1.—La pintura de Kilis.
- 2.—La obra artística de Elena Álvarez Laveron.
- 3.—Oleos, acuarelas y dibujos de Marina Lorente.
- 4.—Panorama actual de la Pintura granadina.

Colección Pregón

- 1.—S. García de Pruneda: Semana Santa 1963.
- 2.—Luis López Anglada: Semana Santa 1964.

Colección Estudiantil

- 1.—José Antonio Aparicio: Un Lugar para los Muertos.

